

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

PRESION HIGIENICA

LAS OTRAS REPRESIONES

La vida es siempre «antihigiénica», por decirlo así. La afirmación quizá parezca demasiado tajante, pero no creo que, en el fondo, pueda ponerse en duda. Y me refiero, claro está, a la vida humana. La actividad entera de nuestro cuerpo tiende a traducirse, inexorablemente, en una u otra forma de suciedad, o, si se quiere puntualizar la idea, en una u otra forma de riesgo insalubre. ¿Hará falta descender a los detalles? Supongo que no. La constatación abarca lo que es estricta fisiología y, más aún, muchas cosas que ya no lo son tan al pie de la letra. En cuanto a ciertas llamadas «funciones fisiológicas» —a menudo calificadas de «bajas»—, sabemos que se trata de asuntos consustanciales con nuestra misma entidad física, y, aunque en la mayoría de los casos nos avergonzamos de ellas y las practicamos en privado, no son tan velozes las más peligrosas. La noción de «limpieza», prehigiénica, surgió del deseo de atenuar sus resultados. Pero, por su cuenta —esto es, voluntariamente—, y de manera alegre y confiada, la humanidad ha ido añadiendo a las «suciedades» naturales un importante paquete de operaciones no menos nocivas para la salud: no menos antihigiénicas. Pensemos en la gastronomía, en el beso, en el trabajo, en los cigarrillos, en la lectura, en...

Gastronomía, beso, trabajo, cigarrillos, lectura: etcétera. No, no estoy de chanza, por descontado. Ni uno solo de mis lectores dejará de tener en su experiencia personal un dato que certifique lo que apunto. Un día cualquiera, y por cualquier razón, el médico le dictó el consejo o la orden, y, si no el médico, un escrupulo espontáneo, salido de Dios sabe dónde. «No comas eso, que engorda, o que perjudica a tu bazo, o que endurece tus arterias»: por ejemplo. La cuestión de los menús es la más evidente, y la que mejor se presta a servir de esquema. Al fin y al cabo, la comida, cuando llega a superar el miserable nivel de la pura «alimentación», suele basarse en materiales sistemáticamente denunciados como «perjudiciales» por los expertos en dietética. Las carnes más suculentas, las salsas más especiadas, las mezclas de suprema delicadeza palatal, son, habitualmente, lo que peor sienta a nuestro precario organismo. Los buenos platos son, de hecho, inocentes tentativas de suicidio: inocentes, pero inflexibles. Incluso un pedazo modesto de butifarra y sus correspondientes judías de guarnición constituyen un veneno fatal. Y cada oferta comestible que sea un poco atractiva tiene su correlativo toque de alarma: el dulce, para las dentaduras débiles, para los amagos de diabetes, para la universal obesidad; el cerdo, para todo; los fritos, las féculas, las ostras, lo que sea... Sólo la frugalidad es saludable.

Y no digamos nada de la sobremesa: café, copa y puro. O la antemesa: esa afable broma que, con un eufemismo increíble, denominamos aperitivo. Tras estos diabólicos entretenimientos se esconden la hemiplejía, la cirrosis y el cáncer. Y más amenazas que mi ignorancia me impide citar. Los doctores tienen toda

la razón al advertirnos de que el abuso, y hasta el mero uso, de tales delicias es una explícita sentencia de muerte. Y como con eso, con lo demás. He mencionado el beso. Me abstendré de estampar aquí un precioso texto de Baudelaire, que lleva la observación a su extremo más deprimente. Pero la cosa salta a la vista. Si aludo al beso es para situar la alusión en un terreno casi neutro: el besuqueo no ha de ser necesariamente obsceno. El afecto familiar, en diversos grados —padres e hijos, tías y sobrinos, hermanos, abuelas y nietos—, incluso el amistoso —según las latitudes— y el político —hay que ver los ósculos diplomáticos que intercambian los orientales, socialistas o no—, puede tener esta manifestación. Y ya podemos imaginar lo que se avecina, cuando la humedad bucal de un individuo se transmite a la epidermis de otro. Recuerdo vagamente un cuento del olvidado don Wenceslao Fernández Flórez: dos novios se besaban, y el relato del humorista se centraba en las idas y venidas de unos microbios, quizá patógenos, de labio a labio. De labio a mejilla el contagio será menor, pero probable... Y no habrá que agregar una sola palabra acerca del trabajo como realidad antihigiénica. ¿Y leer? ¡Ah, leer! Cansa la vista...

Voy empleando la palabra «higiene» —o sus derivados— con una evidente ligereza. De todos modos, sospecho que tampoco está mal empleada. La «higiene» es una invención reciente. La medicina ha tardado mucho a ser «preventiva»: no pongo reproche en anotar, ¡alto! Era más urgente su misión de «curar», y en ese campo tenía, y aún tiene, grandes problemas por resolver. «Más vale prevenir que curar», dicen. Pues eso: la higiene se puso en marcha para reducir los estragos del dolor y de la muerte. Con anterioridad a la higiene, la ética se encargaba de hacer el oficio de «timbre de alarma». Las antiguas morales, religiosas o profanas —santo Tomás o Séneca, Moisés o Kant, Buda o Spinoza—, cuando se convertían en «normas aplicables», tenían una eficacia inmediata, independiente de la doctrina: favorecían la salud. Fijémosnos en los «siete pecados capitales» de la tradición cristiana: cualquier Colegio de Médicos, por unanimidad, los votaría como precaución para la conducta «saludable» de su clientela. Evitar la ira, la gula, la lujuria, la avaricia, y lo restante, sería una recomendación científica bastante ecuánime. La higiene llegó luego con sus fórmulas laicas. La ciudadanía ha acabado por aceptarla, en principio, y de ahí el gran consumo de dentífricos, de vitaminas, de instrumentos gimnásticos, de baños de mar, de champús, de... De desinfectantes, en suma. El papel «higiénico» y el desarrollo de la industria de los «sanitarios» sería el punto fronterizo de la «fisiología». Los regímenes dietéticos, las vacunas, las vacaciones, las sesiones de psiquiatría, las saunas, las clínicas para alcohólicos, nicotínicos o drogadictos, y demás, constituyen la opción más vasta, a renglón seguido.

Esto es lo que hoy ocurre. Mañana aumentará la presión hi-

giénica, desde luego. La fomentarán los Estados, que aspiran a tener súbditos vivos y contribuyentes, para la guerra o para la fábrica, y la aceptarán las muchedumbres, que, como es lógico, no desean morirse antes de tiempo ni padecer demasiado. Nuestros convecinos agnósticos se adhieren al supuesto salvador —relativamente— de la higiene; los creyentes no se quedan atrás. La asepsia se ha convertido en dogma unánime: la asepsia y los restantes preceptos de la terapéutica más o menos anticipada. Es lógico que sea así. Y porque lo es, yo me atrevería a sugerir que unas ciertas reticencias de cara a los chicos peludos y floridos —suspectos de no lavarse, de transportar pulgas, de difundir bacilos venéreos— responden a motivos «higiénicos», antes que a recelos ideológicos o sociales. Y más que eso: no tendría ningún inconveniente en sostener que la «alienación» que sufren las masas en todas las latitudes, alienación política y social, y económica, desde luego, se nutre en gran manera de la nueva superstición de la higiene. Los tinglados la estimulan: crean entre sus vasallos la aprensión por la salud. La «socialización de la medicina» es un lío delicadísimo, pero tiros y troyanos han de conseguirle solución. Tiro y troyanos necesitan que las muchedumbres futuras estén alucinadas por la «higiene»...

Yo, que voy a cumplir los cincuenta y provengo de un área rural, me siento un poco al margen de esa afición por la salud que se extiende en todas partes. He llegado tarde para tomar el tren. No me confesaré «fatalista», pero me cuesta mucho esfuerzo ir al dentista o al cardiólogo, en consulta «preventiva». En realidad, los cincuentones de ahora estamos más cerca del antropoide que del muchacho del cercano año 2000. La historia corre al galope, últimamente. Pero me consuelo —un consuelo idiota— pensando en que, al fin y al cabo, «viviendo» contra la higiene, contra el criterio de la salud-idolo, hemos pasado por este valle de lágrimas con un leve acceso a la voluptuosidad elemental. Unos más y otros menos, según los duros que hubiera o haya en cada bolsillo, naturalmente. Y quizá no todo sea una cuestión de dinero. Nuestro arcaísmo social nos permite pequeñas satisfacciones que las víctimas de la industrialización culinaria —sobres, congelados, granjas, botes— no alcanzan a suponer: es un indicio. Sea como fuere, las perspectivas de futuro, ese hito del año 2000, se presentan con nuevas y multiplicas «alienaciones». La higiene, o la salud, o la Medicina, o como se la quiera llamar, concentrará mucha excitación colectiva. Más que la lucha de clases, y que no se engañen los simplificadoros de problemas. También la «higiene» es una arma en la lucha de clases, en efecto. Sólo que la candidez de los subalternos no acabará de comprenderlo. La higiene por la higiene es una apariencia admirable...

Joan FUSTER

LOS SIGNOS Y LAS COSAS

NIXON, EL «PROFESIONAL»

AHORA que la famosa Ley Mills se encuentra todavía en el alero, y acaso pendiente del problemático veto del presidente Nixon, puede ser oportuno reflexionar sobre la figura de quien teóricamente ostenta el poder supremo en los Estados Unidos. Decir que Nixon es un conservador sería descubrir la pólvara; lo que importa es indagar la índole de su conservadurismo. Tomemos un número reciente del famoso semanario «Time», en el que se comentan los resultados de las recientes «elecciones intermedias» norteamericanas. La ventaja de esta referencia es que «Time» representa, dentro de los Estados Unidos, la voz del conservadurismo más sofisticado. Bien; ¿qué han dicho los comentaristas de «Time»?

Han dicho: «La campaña del presidente, denunciando al partido demócrata como representante de la "permissividad", ha sido enormemente contraproducente; el señor Nixon ha subestimado la calidad del conservadurismo americano; ha dado del mismo la versión más barata». Han dicho: «El presidente se ha mostrado con la retórica del político callejero ("the rhetoric of the stump politician") y no como el jefe de una gran nación». Han dicho: «La campaña del señor Nixon fue una llamada a la estrechez y al egoísmo; un insulto a la inteligencia americana; una disminución de la dignidad presidencial». Han dicho: «El pueblo americano es demasiado adulto para creer que el partido demócrata sea partidario del desorden y de la violencia; el pueblo americano está preocupado por las cuestiones reales, por la falta de ideales definidos, por el problema del paro».

Parece, pues, que el presidente dejó una mala imagen de sí mismo en el ánimo de sus

correligionarios. Parfraseando a Aristóteles cabe decir que el conservadurismo «se dice de muchas maneras». También la profesión política se dice de muchas maneras. Hay quien sostiene que Nixon se equivocó en estas últimas elecciones, a pesar de ser un profesional de la política. En mi opinión, la cosa suena exactamente al revés: Nixon se equivocó precisamente por ser un profesional de la política. Es decir, por ser «básicamente» un profesional de la política. He aquí un comentario del famoso columnista Stewart Alsop. «La popularidad del presidente Nixon —escribe— es muy moderada, e incluso en su moderación, curiosamente delgada. Los presidentes exitosos consiguen siempre establecer algo así como un parentesco de sangre entre ellos y los ciudadanos. Así, Eisenhower fue un «dear old dad», un «querido anciano padre»; Kennedy, un «brave big brother», un «valiente hermano mayor»; el propio Johnson (en sus momentos de regular cotización), un «rich uncle», un «pariente rico». Pero el presidente Nixon no ha sido capaz de establecer ninguna clase de parentesco. A pesar de la inmensa plataforma que le da su cargo, el pueblo americano le considera, básicamente, como un político profesional; es decir, como un «profesional» de la política. Algo así como el abogado de una familia rica al cual se invita a cenar de vez en cuando, pero al cual se puede despedir y sustituir por otro si las cosas se ponen mal». Concluye el señor Alsop diciendo que el presidente Nixon no consigue contener su, al parecer irreprimible, impulso de ser jefe de una facción política en vez de presidente de la nación, tal vez ocurra —cosa insólita— que se

convierta en un presidente no reelegible, en un «one term president».

Creo, efectivamente, que las «elecciones intermedias» han confirmado la imagen de un Nixon «profesional»; la imagen de un Nixon aficionado a citar la frase: «ganar no es todo lo que importa; es lo único que importa». Creo que la presencia de Nixon en la Casa Blanca es motivo de preocupación, en la medida en que a los puros profesionales de la política les resbalan los problemas de fondo. Creo, en fin, que esta observación es tan generalizable como se quiera.

Porque el caso es que la política hoy ya no debe entenderse como el arte de lo posible, sino como el arte de lo improbable. Lo «posible» dentro de las sociedades modernas, complejas y frágiles, es el inmovilismo. Y el arte de hacer lo posible se convierte en el arte de no hacer nada. Lo «improbable», en cambio, consiste en hacer algo; algo nuevo. Ahora bien, para conseguir lo improbable, para la actitud creativa, el profesional de la política se encuentra particularmente desadaptado. El profesional de la política elude el «problema básico», que es un «problema cultural» (o «problema moral», en una acepción amplísima del vocablo «moral»). El profesional de la política disocia constantemente los fines de los medios: pronuncia discursos de política exterior «para» conseguir objetivos en el interior; levanta los brazos con la uve de la victoria para camuflar la falta de confianza en sí mismo, o para ritualizar una supuesta lucha contra no se sabe qué perversos enemigos; y así, sucesivamente, con otros conocidos y fatigantes

recursos, sin advertir que tarde o pronto todo ello puede convertirse en «boomerang».

Es conocido que en los últimos días de su reciente campaña electoral, el presidente Nixon fue apedreado por unos jóvenes (creo que eran jóvenes, aunque no estoy muy seguro). La reacción del presidente fue la típica de un político profesional: explotar el incidente con miras electorales; tronar su «indignación» ante las cámaras de televisión del país, y tratar de crear la imagen de que la oposición y los tiradores de piedras son una misma cosa. Pero, según parece, el pueblo norteamericano no tuvo suficientes tragaderas. El profesional de la política vio su profesionalismo convertido en «boomerang»; se encontró acorralado por su propio vacío ideológico.

En su tiempo se acusó al presidente Kennedy de no ser más que un pragmático. Estimo que aquél fue un juicio equivocado. El típico pragmático es Nixon. Sólo que, a diferencia de Kennedy, tras el pragmatismo del actual presidente no parece que se esconda otra cosa que la vieja filosofía del ideario americano de los años cincuenta: «trabajar mucho, ganar honores, asistir al «baseball», luchar contra el comunismo, loar las excelencias de la libre empresa, presentarse a las elecciones».

Habrà que ver, ahora, si lo de las «excelencias de la libre empresa» tendrá que suprimirse del ideario. Habrà que ver si Nixon, el «profesional», consigue superar su profesionalismo y darse cuenta de que hay algo más importante que «ganar». La posibilidad de vetar la Ley Mills deja una puerta abierta. «Wait and see...»

Salvador PANIKER

EUROPICCOLA

Ideal para regalos y listas de boda



● Eléctrica
● Rápida
● Altamente económica
● Capacidad: 10 cafés

DE VENTA EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO

Antonio Matachana, s.a.

PRECIOS TOTALES FIJOS Y MAXIMOS

ELECTRO RADIO SENTIS

Tels. 2423404 y 2416424

TODAS LAS MARCAS

TV 17" 2.000 ptas.	3 MESES A TODA PRUEBA
TV 17" 3.500 »	
TV 17" 4.500 »	
TV 19" 6.000 »	
TV 19" 6.500 »	
TV 19" 7.500 »	2 AÑOS GARANTIA
TV 19" 8.500 »	

CENTRAL: JAIME FABRA, 9 (Junto cine América - Paralelo)
GALERIAS UNIVERSIDAD
Tienda 26 (Plaza Universidad)
INGENIERO CUNILL, 67 La Florida (Hospitallet)

Descubra su personalidad

Un «hobby» apasionante y práctico... todos los modelos de moda a su alcance.



ALFA

Su tienda en FONTANELLA, 10 BARCELONA